

Hacia el Faro



Avneet Kumar Singla

Hacia el Faro

Avneet Kumar Singla

Copyright © 2021-2040 por Avneet Kumar Singla

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas. en revisiones críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitudes de permiso, escriba al editor, con la dirección "Atención: Coordinador de permisos", en la dirección que se indica a continuación.

Avneet Kumar Singla

avneetkumarsingla2@gmail.com

Descargo de responsabilidad

Toda la información proporcionada en este libro es la mejor según nuestro conocimiento y creencia. Sin embargo, no garantizamos la autenticidad, integridad y

precisión de la información. El autor, editor o distribuidor (es) del libro no será responsable de la autenticidad y exactitud de la información mencionada en este libro.

Tabla de Contenidos

Parte 1

Ventana

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Parte 2

El tiempo vuela

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Parte 3](#)

[Faro](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

Parte 1

Ventana

Capítulo 1

"Sí, por supuesto, si va bien mañana", dijo la Señora Ahuja. "Pero tienes que terminar con la alondra", agregó.

Para su hijo, estas palabras le transmitían una alegría extraordinaria, como si estuvieran asentadas, la expedición iba a tener lugar, y el milagro que había estado esperando durante años y años, parecía, después de una noche de oscuridad y un día de navegación, en contacto. Ya que, a la edad de seis años, pertenecía a ese gran clan que no puede separar este sentimiento de él, sino que debe dejar que las perspectivas futuras con sus alegrías y preocupaciones nublen lo que realmente está a la mano, ya que para tales personas, incluso en su primera infancia, cada giro en la rueda de la sensación tiene el poder de cristalizar y transformar el momento en el que descansa su oscuridad o resplandor, James Ahuja, que se sienta en el suelo y corta imágenes del catálogo ilustrado de los negocios del ejército y la marina, otorgó la imagen de un refrigerador, como dijo su madre, bienaventuranza celestial. Estaba lleno de alegría. La carretilla, la cortadora de césped, el sonido de los álamos, las hojas brillantes de la lluvia, las torres que acariciaban, las escobas que golpeaban, la ropa que crujía, todo esto era tan colorido y diferente en su cabeza que ya tenía su código privado, su lenguaje secreto, aunque aparecía la imagen de una severidad fuerte e intransigente, con su frente alta y sus ojos azules feroces, impecablemente abiertos y puros, ligeramente frunciendo el ceño a la vista de la fragilidad humana, de modo que su madre, mirándolo guiar sus tijeras cuidadosamente alrededor del refrigerador, imagínalo todo rojo y on en el

banquillo o dirigir una empresa estricta y significativa en una crisis de asuntos públicos.

"Pero", dijo su padre, deteniéndose frente a la ventana de la sala de estar, "no va a ser bueno."

Si hubiera habido un hacha, un atizador, o cualquier arma que hizo un agujero en el pecho de su padre y lo mató, James lo habría agarrado allí mismo. Estas fueron las emociones extremas que el Sr. Ahuja despertó en los pechos de sus hijos por su mera presencia; como ahora, inclinado como un cuchillo, estrecho como la hoja de uno, sonriendo sarcásticamente, no solo con el placer de desilusionar a su hijo y burlarse de su esposa, que era en todos los sentidos decenas de miles de veces mejor que él (Santiago pensó), sino también con una presunción secreta en su propia precisión de juicio. Lo que dijo era verdad. Siempre fue verdad. Era incapaz de falsedad; nunca manipuló un hecho; nunca cambió una palabra desagradable para satisfacer el placer o la comodidad de un ser mortal, y menos aún de sus propios hijos, quienes, saltando de sus lomos, deberían ser conscientes desde la infancia de que la vida es difícil; hechos intransigentes; y el paso a la tierra legendaria donde se extinguen nuestras más brillantes esperanzas, nuestro frágil hombre ladra en la oscuridad (aquí el señor Ahuja enderezó su espalda y estrechó sus pequeños ojos azules en el horizonte), uno que sobre todo necesita coraje, verdad y la fuerza para soportar.

"Pero puede que esté bien, espero que esté bien", dijo la señora Ahuja, impacientemente haciendo un pequeño giro de la media marrón rojiza que estaba tejiendo. Si ella lo había terminado esta noche, si fueron a la baliza, debería ser dado al guardián de la baliza para su pequeño niño, que fue amenazado con una cadera tuberculosa; junto con un montón de revistas viejas y algo de tabaco, de hecho, sobre lo que podía mentir, en realidad no lo hizo, sino que solo

quería acidificar la habitación, no hacer nada durante todo el día a estos pobres chicos que tienen que estar aburridos hasta la muerte, sino pulir la lámpara y cortar la mecha y rastrillar alrededor de su basura del jardín, algo para entretenerlos. Porque ¿cómo te gustaría estar cerrado durante todo un mes a la vez, y posiblemente más en clima tormentoso, en una roca del tamaño de una cancha de tenis? pediría; y no tener cartas o periódicos, y no ver a nadie; si estuvieras casado, no ver a tu esposa, no saber cómo estaban tus hijos si estaban enfermos, si se habían caído y roto las piernas o los brazos; ver las mismas olas sombrías rompiendo semana tras semana y luego viene una terrible tormenta y las ventanas cubiertas de spray y los pájaros chocan contra la lámpara y todo el lugar se balancea, y no ser capaz de meter la nariz fuera de las puertas por miedo a ser arrastrado en el mar? ¿Te gustaría eso? preguntó y se dirigió especialmente a sus hijas. Así que agregó, de manera muy diferente, tienes que llevarle lo que puedas.

"Es hacia el oeste", dijo el ateo Tansley, sosteniendo sus dedos huesudos extendidos para que el viento soplara a través de ellos, porque dividió el paseo vespertino del Sr. Ahuja arriba y abajo, arriba y abajo de la terraza. Es decir, el viento sopló desde la peor dirección posible para aterrizar en la baliza. Sí, dijo cosas desagradables, admitió la señora Ahuja; era repugnante de su parte restregar eso y hacer que James estuviera aún más decepcionado; pero al mismo tiempo, ella no la haría reír de él. "El Ateo", le llamaban; " el pequeño Ateo." Rose se burló de él; Prue se burló de él; Andrew, Jasper, Roger se burlaron de él; incluso el viejo tejón sin diente en la cabeza lo había mordido porque era (como lo dijo Nancy) el centésimo joven que los persiguió todo el camino hasta las Hébridas cuando siempre era mucho más agradable estar solo.

"Tonterías," dijo la señora Ahuja con gran severidad. Aparte de la costumbre de exageración que tenían de ella, y de la implicación (que era cierto) que ella pidió a demasiada gente para quedarse, y tuvo que acomodar a algunos en la ciudad, ella podría "excepcionalmente capaz" sus huéspedes, especialmente los hombres jóvenes que eran pobres como ratones de la iglesia, dijo su marido, su gran admirador, y vino allí para unas vacaciones. De hecho, tenía todo el sexo opuesto bajo su protección; por razones que no podía explicar, por su caballerosidad y valentía, por el hecho de que negociaron tratados, gobernaron la India, controlaron las finanzas; finalmente, por una actitud hacia sí misma que ninguna mujer podría sentir o encontrar agradable sin pérdida de dignidad, algo confiado, infantil, impresionante; lo que una anciana podría tomar de un joven sin pérdida de dignidad, y ay de la niña-por Dios, no fue ninguna de sus hijas!- ¿quién no siente el valor de ella, y todo lo que implica, en la médula ósea de sus huesos!

Se volvió contra Nancy con severidad. Él no la persiguió, dijo. Se lo habían pedido.

Tienes que encontrar una salida. Podría haber una manera más fácil, una menos ardua, suspiró. Cuando miró en el cristal y vio su pelo gris, su mejilla hundida, a los cincuenta, pensó que tal vez había manejado las cosas mejor: su marido; dinero; sus libros. Pero por su parte, nunca se arrepentiría de su decisión por un segundo, esquivaría dificultades o sorber sus deberes. Ella era terrible de ver ahora, y solo en silencio, mirando hacia arriba de sus platos, después de que ella había hablado tan severamente sobre Charles Tansley que sus hijas, Prue, Nancy, Rose-podría vivir con ideas infieles que habían inventado para sí mismos de una vida diferente a la suya; en París tal vez; una vida más salvaje; no siempre a un hombre u otro; porque había en todas sus mentes una muda cuestión de reverencia y caballerosidad, del Banco de Inglaterra y del Imperio Indio,

de los dedos anular y las puntas, aunque había algo para todos ellos en esa esencia de belleza que suscitaba masculinidad en sus corazones de niña, y les hacía, mientras se sentaban a la mesa bajo los ojos de su madre, honrar su extraña severidad, su máxima cortesía, como una reina levantada del barro para lavar el sucio pie de un mendigo, cuando ella los hacía tan estrictos sobre los miserables ateos amonestados, el que los había cazado-o, hablando con precisión, fue invitado a quedarse con ellos en la Isla de Skye.

"No habrá aterrizaje en el faro mañana", dijo Charles Tansley, aplaudiendo junto a la ventana con su marido. Seguramente había dicho suficiente. Deseaba que la dejaran a ella y a James en paz y siguieran hablando. Ella lo miró. Era un espécimen tan miserable, dijeron los niños, todos jorobados y huecos. No podía jugar cricket; empujaba; barajaba. Era un bruto sarcástico, dijo Andrew. Sabían lo que más le gustaba—siempre yendo arriba y abajo, arriba y abajo, con el Sr. Ahuja, y diciendo quién había ganado esto, quién había ganado aquello, quién era un "hombre de primera clase" en verso latino, que era "brillante, pero creo que fundamentalmente malsano", que era sin duda el "hombre más capaz en Balliol", que había enterrado temporalmente su luz en Bristol o Bedford, pero se vio obligado a ser escuchado más tarde cuando su prolegómena, de la que el Sr. Tansley había escrito las primeras páginas como Prueba con él cuando el Sr. Ahuja lo vio, a una rama de las matemáticas o la filosofía vio la luz del día. Hablaron de ello.

No podía evitar reírse a veces. Ella dijo algo sobre "Olas montañas altas." "Sí", dijo Charles Tansley, fue un poco duro. "¿No estás empapado en la piel?" ella había dicho. "Mojado, no mojado", dijo el Sr. Tansley, pellizcándose la manga y sintiendo sus calcetines.

Pero no era que lo quisieran, dijeron los niños. No era su cara; no eran sus modales. Era él, su punto de vista. Cuando hablaron de algo interesante, gente, música, historia, cualquier cosa, incluso dijeron que era una noche agradable, así que por qué no sentarse fuera de la puerta, entonces se quejaron de Charles Tansley hasta que él había dado la vuelta a todo el asunto y de alguna manera se reflejó y los menospreció—él no estaba feliz. Y él iba a galerías de fotos, dijeron, y le preguntaba a uno, ¿le gustaba su corbata? Dios sabe, dijo Rose, que no lo hicieron.

Desapareciendo tan sigilosamente como un ciervo de la mesa del comedor cuando terminó la comida, los ocho hijos e hijas del señor y la señora Ahuja buscaron sus habitaciones, su autenticidad en una casa donde no había otra privacidad para discutir nada, nada; la corbata de Tansley; la aprobación del proyecto de ley de reforma; aves marinas y mariposas; personas que vivían cerca; mientras el sol corría por aquellos áticos que separaban un tablón para que se oyera claramente cada paso, la muchacha suiza sollozaba después de su padre, enfermo de cáncer, en un valle de los Grisones, y encendía murciélagos, franelas, sombreros de paja, tinteros, tinteros, escarabajos y los cráneos de pequeños pájaros, mientras sacaba de las largas tiras tostadas de algas adheridas a la pared un olor a sal y maleza, que también estaba en las toallas, con grava de arena de baño.

Peleas, divisiones, desacuerdos, prejuicios retorcidos en la fibra del ser, oh que deberían comenzar tan temprano, lamentó la señora Ahuja. Eran muy críticos con sus hijos. Decían tonterías. Salió del comedor y sujetó a James de la mano, ya que no quería ir con los demás. Le parecía una tontería inventar diferencias cuando la gente, como Dios sabe, era lo suficientemente diferente sin ella. Las diferencias reales, pensó, de pie en la ventana de la sala de estar, son suficientes, suficientes. Tenía en mente en este

momento, ricos y pobres, altos y bajos; el gran nacimiento recibió de ella, medio resentido, un cierto respeto, porque no tenía en sus venas la sangre de esta casa italiana muy noble, aunque ligeramente mítica, cuyas hijas, esparcidas por los salones ingleses en el siglo XIX, balbuceaban tan encantadoramente, habían irrumpido tan salvajemente, y todo su ingenio, porte y temperamento provenían de ellos, y no del inglés perezoso, o del escocés frío; pero más profundamente, reflexionó sobre el otro problema, de ricos y pobres, y las cosas que veía con sus propios ojos, semanalmente, diariamente, aquí o en Londres, cuando visitaba a esta viuda, o a esta mujer luchadora en persona con una bolsa en el brazo, y un cuaderno y un lápiz, con los que gobernaba cuidadosamente en columnas, en torno a salarios y gastos, empleo y desempleo, con la esperanza de que dejaría de ser una mujer privada cuya caridad era medio un alivio para su propia indignación, medio un alivio para su propia curiosidad, y lo que con su mente inexperta admiraba mucho, una investigadora que elucida la problema.

Preguntas irresolubles que eran, parecía a ella, de pie allí sosteniendo a James de la mano. Él la había seguido hasta el salón, aquel joven del que se reían; estaba de pie en la mesa, inquieto por algo, torpe, sintiéndose fuera de las cosas, como ella sabía, sin mirar a su alrededor. Todos se habían ido-los niños; Minta Doyle y Paul Rayley; Augustus Carmichael; su marido-todos se habían ido. Así que se volvió con un suspiro y dijo: "¿Estaría aburrido de venir conmigo, Sr. Tansley?"

Tenía una tarea aburrida en la ciudad; tenía una o dos cartas que escribir; tardaría quizás diez minutos; se pondría el sombrero. Y con su cesta y su sombrilla, regresó diez minutos después y dio la sensación de estar lista para un viaje, que, sin embargo, debe interrumpirla por un momento al pasar por la cancha de tenis para preguntarle al Sr.

Carmichael, que estaba tomando el sol con los ojos de su gato amarillo fijos para que parecieran como un gato reflejando las ramas en movimiento o las nubes que pasan, pero sin dar idea de pensamientos o emociones interiores cuando quería algo.

Porque estaban haciendo la gran expedición, dijo riendo. Fueron a la ciudad. "¿Sellos, Papel de Escribir, Tabaco?" ella sugirió detenerse a su lado. Pero no, no quería nada. Sus manos se abrazaron sobre su gran crujido, sus ojos parpadearon como si hubiera querido responder amablemente a estas circunstancias suaves (ella era seductora, pero un poco nerviosa), pero no pudo, hundido en una somnolencia gris-verde que los abrazó a todos sin necesidad de palabras, en un vasto y benevolente letargo de benevolencia; toda la casa; todo el mundo; toda la gente en ella, porque él había deslizado algunas gotas de algo en su vaso en el almuerzo, que, los niños pensaron, a causa de la franja de color amarillo canario vivo en su bigote y barba, que por lo demás era blanco como la leche. No, nada, murmuró.

Debería haber sido un gran filósofo, dijo la señora Ahuja mientras caminaban por el camino hacia el pueblo de pescadores, pero él había hecho un matrimonio infeliz. Sostenía su sombrilla negra muy erguida y se movía con una expectativa indescriptible, como si se encontrara con alguien a la vuelta de la esquina, contó la historia; una aventura en Oxford con una chica; un matrimonio precoz; pobreza; ir a la India; un poco de poesía "traducir muy bien, creo", estar dispuesto a enseñar al joven persa o indostaní, pero ¿de qué servía eso realmente?- y luego acostado, como lo vieron, en el césped.

Le halagaba; empujado como había sido, le tranquilizaba que la señora Ahuja se lo dijera. Charles Tansley revivió. También insinuó, al igual que la grandeza del intelecto

humano, incluso en su decadencia, la subyugación de todas las mujeres—no es que culpara a la niña, y el matrimonio había sido lo suficientemente feliz, creía—al trabajo de su marido, lo hizo sentir mejor satisfecho consigo mismo de lo que lo había hecho todavía, y le hubiera gustado que, por ejemplo, hubieran tomado un taxi para pagar el pasaje. En cuanto a tu pequeño bolso, ¿no podría llevarlo? No, no, dijo, siempre lo llevaba ella misma. Ella también lo hizo. Sí, él sintió eso en ella. Sintió muchas cosas, especialmente algo que lo despertó y lo perturbó por razones que no podía dar. Él quiere que ella lo vea, engomado y encapuchado, caminando en procesión. Una beca, una cátedra, se sintió capaz de todo y se vio a sí mismo, pero ¿qué miró ella? Con un hombre que inserta una factura. La enorme sábana ondulante se aplanó, y cada golpe del pincel reveló patas frescas, aros, caballos, brillantes tonos de rojo y azul, bellamente suaves, hasta que la mitad de la pared estaba cubierta con el anuncio de un circo; cien jinetes, veinte focas, leones, tigres... Que empujó hacia adelante, porque era miope, lo leyó... "visitará esta ciudad," leyó. Era un trabajo terriblemente peligroso para un hombre manco, exclamó, pararse en una escalera como esa - su brazo izquierdo había sido cortado en una cosechadora hace dos años.

"¡Vamos todos!" ella lloró y continuó como si todos estos jinetes y caballos la hubieran llenado de alegría infantil y la hubieran hecho olvidar su compasión.

"Vamos", dijo, repitiendo sus palabras, pero haciendo clic en ellas con una confianza en sí mismo que la hizo guiñar el ojo. "Vamos todos al circo." No. No podía decirlo correctamente. No podía sentirlo bien. ¿Pero por qué no? se preguntaba. Entonces, ¿qué le pasaba? Le gustaba mucho en ese momento. Pregunta si no han sido llevados a circos cuando eran niños. Nunca, respondió, como si ella le preguntara exactamente lo que quería; había anhelado

todos estos días para decir cómo no fueron a los circos. Era una familia numerosa, nueve hermanos y hermanas, y su padre era un trabajador. "Mi padre es químico, señora Ahuja. Dirige un negocio." Él había pagado su propio camino desde que tenía trece años. A menudo salía sin abrigo en invierno. Nunca pudo "devolver la hospitalidad" en la universidad (esas fueron sus duras palabras resecas). Tenía que hacer las cosas el doble de tiempo que otras personas; fumaba el tabaco más barato; follaba; lo mismo hacían los viejos en los muelles. Trabajó duro-siete horas al día; su tema ahora era la influencia de algo en alguien—continuaron y la señora Ahuja no captó del todo el significado, solo las palabras aquí y allá... Tesis... Comunidad... Lector... Conferencia. No podía seguir la fea jerga académica que resoplaba tan resbaladiza, pero se dijo a sí misma que ahora veía por qué el circo lo había derribado de su percha, al pobre hombrecito, y por qué salía inmediatamente, con todo eso de su padre y su madre y sus hermanos y hermanas, y se aseguraba de que no se reían más de él; se lo decía a Prue. Lo que él hubiera deseado, sospechaba, habría sido decir cómo no habría ido al circo, sino a Ibsen con el Ahuja. Era un terrible prig - oh sí, un insoportable aburrimiento. Porque aunque ya habían llegado a la ciudad y estaban en la calle principal, con los carros puliendo por el pavimento de adoquines, él continuó hablando, acerca de los asentamientos y la enseñanza y los trabajadores, ayudando a nuestra propia clase y conferencias, hasta que se dio cuenta de que había recuperado toda la confianza, se había recuperado del circo y estaba a punto (y ahora de nuevo le gustaba mucho) para decirle-pero aquí, las casas que se desvanecieron a ambos lados, salieron en el muelle, y toda la bahía se extendió ante ellos y la señora. Ahuja no podía evitar exclamar: "¡Oh, qué hermoso!" Porque la gran placa de agua azul estaba ante ella; el faro ronco, distante, severo, en el medio; y a la derecha, hasta donde el ojo podía ver, desvaneciéndose y

cayendo, en suaves y profundos pliegues, las verdes dunas de arena con los pastos que fluían salvajemente sobre ellas, que siempre parecían huir a una tierra lunar, deshabitada por los hombres.

Esa era la vista que ella dijo que se detuviera, con los ojos cada vez más grises que su esposo amaba.

Se detuvo un momento. Pero ahora, dijo, los artistas han venido aquí. De hecho, a pocos pasos de distancia, uno de ellos, con sombrero de Panamá y botas amarillas, se puso de pie con seriedad, en silencio, absorbente, para todo lo que fue observado por diez niños pequeños, con un toque de profunda satisfacción en su redonda cara roja, y luego, como había mirado, sumergirse; imitando la parte superior de su cepillo en un suave montículo de verde o rosa. Como el Sr. Paunceforte estaba allí, tres años antes, todas las fotos eran así, dijo, verdes y grises, con veleros de color limón y mujeres rosadas en la playa.

Pero los amigos de su abuela, dijo, y miró discretamente a medida que pasaban, tomaron los mayores dolores; primero mezclaron sus propios colores, y luego los molieron, y luego pusieron paños húmedos para mantenerlos húmedos.

Así que el Sr. Tansley dijo que quería que viera que la foto de este hombre era escasa, ¿dijeron? Los colores no eran sólidos? ¿Dijeron eso? Bajo la influencia de esa emoción extraordinaria que había crecido todo el tiempo, había comenzado en el jardín cuando quería tomar su bolsa, había aumentado en la ciudad, como quería decirle todo sobre sí mismo, llegó a verse a sí mismo, y todo lo que había conocido, se había ido un poco mal. Fue terriblemente extraño.

Allí estaba, en el salón de la casita a la que ella lo había llevado, esperándola mientras ella subía un momento a ver a una mujer. Oyó su paso rápido; oyó su voz alegre, luego

baja; miró las esteras, los caddies de té, las cortinas de cristal; esperó con bastante impaciencia; parecía emocionado en el camino a casa; decidido a llevar su bolso; luego la oyó salir; cerrar una puerta; digamos que tienes que mantener las ventanas abiertas y cerrar las puertas, preguntar en la casa sobre todo lo que querías (ella tiene que hablar con un niño), cuando de repente, cuando llegó, se quedó quieta por un momento (como si hubiera fingido allí y se hubiera dejado por un momento ahora), se paró por un momento inmóvil contra una foto de la Reina Victoria vistiendo la cinta azul de la liga; cuando de repente se dio cuenta de que era esto: era esto:—Era la persona más hermosa que jamás había visto.

Con estrellas en los ojos y velos en el pelo, con ciclamen y violetas salvajes—¿qué tontería pensó? Tenía al menos cincuenta años; tenía ocho hijos. Caminó por campos de flores, y tomó en sus pechos los capullos que estaban rotos, y los corderos que habían caído; con las estrellas en sus ojos, y el viento en su pelo—Que había tenido su bolso.

"Adiós, Elsie", dijo, y caminaron por la calle, levantando su sombrilla y caminando como si esperaran encontrarse con alguien a la vuelta de la esquina, mientras que Charles Tansley sintió un extraordinario orgullo por primera vez en su vida; un hombre cavando en un desagüe dejó de cavar y la miró, dejó caer su brazo y la miró; por primera vez en su vida Charles Tansley sintió un extraordinario orgullo; sintió el viento y el ciclamen y las violetas, porque caminaba con una hermosa mujer. Tenía su bolso en la mano.

Capítulo 2

"No vayas al Faro, James," dijo mientras intentaba, por respeto a la señora Ahuja, al menos convertir su voz en una apariencia de genio.

Vil hombrecito, pensó la Sra. Ahuja, ¿por qué sigue diciendo eso?

Capítulo 3

"Tal vez te despiertes y veas el sol brillando y los pájaros cantando", dijo con simpatía, alisando el cabello del niño, ya que su esposo le había destrozado el espíritu con su cáustica diciendo que no estaría bien verlos. Este camino hacia el faro era una pasión suya, vio, y luego, como si su marido no hubiera dicho lo suficiente, con su cáustica diciendo que no sería bueno mañana, este vil hombrecito fue y lo frotó de nuevo.

"Quizás mañana esté bien," dijo ella, alisándole el pelo.

Todo lo que podía hacer ahora era admirar la nevera y pasar las páginas de la lista de la compra con la esperanza de que se encontrara con algo como un rastrillo o una máquina segadora, que con sus dientes y asas requeriría la mayor habilidad y cuidado en el corte. Todos estos jóvenes parodiaron a su esposo, ella reflexionó; él dijo que iba a llover; ellos dijeron que iba a ser un tornado positivo.

Pero aquí, al pasar la página, su búsqueda de la imagen de un rastrillo o una segadora se interrumpió de repente. El murmullo áspero que se rompía irregularmente por la extracción de tuberías y la inserción de tuberías que le habían asegurado repetidamente, aunque no podía oír lo que se decía (mientras estaba sentada en la ventana que se abría en la terraza), que los hombres estaban hablando alegremente; este sonido, que había durado media hora y había tomado su lugar tranquilizador en la escala de sonidos que presionaban sobre ellos, como el golpeteo de bolas sobre murciélagos, el ladrido agudo y repentino de vez en cuando, "¿Cómo es eso? Cómo es eso?" de los niños jugando

cricket, había dejado; de modo que la caída monótona de las olas en la playa, que en su mayor parte marcó un tatuaje medido y calmante en sus pensamientos y parecía desolada, repitió una y otra vez mientras se sentaba con los niños, las palabras de una vieja canción de cuna, murmuradas por la naturaleza , " Te guardo—yo soy tu apoyo", pero en otras ocasiones de repente e inesperadamente, especialmente cuando su mente se levantó ligeramente de la tarea en la mano, no tenían tal significado amistoso, pero como un tambor fantasmal que golpeaba despiadadamente la medida de la vida, pensaron en la destrucción de la isla y su devoración en el mar, y les advirtió, cuyo día se había deslizado en un movimiento rápido tras otro, que todo era transitorio como un arco iris—este sonido, que había estado oculto y oculto bajo los otros sonidos, de repente tronó hueco en sus oídos y les hizo mirar hacia arriba con un pulso de terror.

Habían dejado de hablar; esa era la explicación. En un segundo de la tensión que había acumulado hasta el otro extremo, que, como para recuperarla por su innecesario costo de emoción, era fría, divertida e incluso ligeramente viciosa, llegó a la conclusión de que el pobre Charles Tansley había sido arrojado. Esto no era significativo para ellos. Cuando su marido necesitaba sacrificio (y de hecho lo hizo), ella le ofreció alegremente a Charles Tansley, quien había empujado a su pequeño hijo.

Un momento más, con la cabeza levantada, escuchó como si esperara un sonido ordinario, un sonido mecánico regular; y luego escuchó algo rítmico, medio dicho, medio cantado, comenzando en el jardín, mientras su marido golpeaba por la terraza, algo entre un graznido y una canción, se tranquilizó una vez más, se aseguró de nuevo de que todo estaba bien, y cuando miró hacia abajo al libro en su rodilla, encontró la imagen de una navaja de bolsillo con seis hojas, que solo se podía cortar si James era muy cuidadoso.

De repente un fuerte grito, como si de un sonámbulo, medio excitado, algo sobre

Golpe con disparo y granada

cantando con la mayor intensidad en su oído, ansiosamente tomó su turno para ver si alguien lo había escuchado. Solo Lily Briscoe, se alegró de encontrar; y eso no importaba. Pero la visión de la niña de pie en el borde de la pintura del césped le recordó esto; ella debe mantener su cabeza en la misma posición que sea posible para la imagen de Lily en la medida de lo posible. Lily imagen! La señora Ahuja sonrió. Con sus pequeños ojos chinos y su cara hinchada, nunca se casaría; no se podía tomar su pintura muy en serio; Era una pequeña criatura independiente, y a la señora Ahuja le gustaba por ello; cuando recordó su promesa, inclinó la cabeza.

Capítulo 4

De hecho, casi derribó su caballete y se abalanzó sobre ella con las manos, gritando: "Cabalgamos valientemente y bien", pero gentilmente se giró bruscamente y se alejó para morir gloriosamente, lo que ella sospechaba en las alturas del pasamontañas. Nunca nadie ha sido tan ridículo y alarmante a la vez. Pero mientras él permaneciera así, ella estaba a salvo, saludando y gritando; Él no se quedaría quieto y miraría su imagen. Y Lily Briscoe no podría haber aguantado eso. Incluso mientras miraba la masa, la línea, el color, Sra. Ahuja, que estaba sentada en la ventana con James, la rodeó con una sonda para que nadie entrara a hurtadillas, y de repente vio su foto. Pero ahora, con todos sus sentidos acelerados como estaban, mirando, esforzándose hasta que el color de la pared y el jacmanna más allá se quemó en sus ojos, se dio cuenta de que alguien que salía de la casa se acercaba a ella; pero de alguna manera divina, desde el paso, William Bankes, de modo que